

manos, oír la voz y el aliento de Italia en la soledad del inmenso Atlántico. Fué cosa de pocos momentos. Unos minutos después, el *Dante* no fué mas que una mancha negra en el azul, coronada por las mil cabezas confusas de sus pasajeros. Pero aquella rápida visión lo había cambiado todo á bordo del *Galileo*; había resucitado la esperanza de buena fortuna, despertado los cantos, las risas, la benevolencia, la vida.—¡Señor!—oí que decían á mi lado.—Me volví; era la joven de Mestre que tocaba en el hombro al garibaldino con el abanico. Volvióse aquél, y la muchacha, con el rostro como iluminado por un relámpago del alma, señalándole con la mano descarnada el buque que se alejaba, le dijo con su voz dulcísima:

--¡Ahí va la patria!



XVII

IN EXTREMIS

A la mañana siguiente saludáronse todos sobre cubierta con las mismas ó parecidas alegres palabras:

—¡Tres días aún!

—Estamos en lo último.

—¿Conque pasado mañana?...

¡Es extraño! ¡Qué benevolencia no acostumbrada entre los pasajeros! Nació en gran parte del pensamiento de que ya al poco tiempo se verían libres unos de otros. El tiempo era bueno, el aire tibio; la proa parecía un pueblo en día de fiesta. Andando, encontré al marinero jorobado, meditabundo, que tenía en la mano un par de botas; me paré un poco, y me dijo en voz baja:

—Las mujeres son malas cuando juegan, pero son peores cuando ríen.

Y me explicó su juicio, fundado en la experiencia. El día en que reinaba sobre el buque una gran alegría, como la del día antes, sucedía casi siempre que la tarde y la noche eran una desesperación, para él, se entiende, y por aquellas *ciertas* razones... La noche pasada, por ejemplo, le había pasado una gorda.

—¿Cosas importantes, pues?— le pregunté.

Subió los ojos al cielo, y luego dijo bruscamen-

te: —¡Estoy harto de hacer el *rufián*!

Y se fué al ver que se acercaba el agente. El cual también estaba pensativo, atormentado por dos misterios que no alcanzaba á penetrar: uno, el ya dicho, saber quién era la aspiración secreta de aquel célebre tipo de la pianista, cuya mirada cogía siempre al vuelo, pero nunca al mirado, como si tuviese amores con un espíritu; y otro el no haber visto ningún indicio, ni siquiera ligerísimo, en el rostro de nadie, de las escenas que el capitán había prometido proporcionar á la señora suiza. Y daba risa ver á aquel hombre con los cabellos blancos, preocupado seriamente de aquellas dos bagatelas, como un ministro ante el cáriz de una conjura de Estado. ¡Y dicen que el Océano engrandece el alma! Y sin embargo, él conocía al capitán; no era és-

te hombre de haber amenazado en balde en asunto de tal naturaleza: ¿quién podía haber conjurado la tempestad? ¡Oh, lo habría descubierto si hubiese querido gastarse el cerebro y apostarse tres días y tres noches como un cazador de tigres!

*
* *

La buena disposición de ánimo de los pasajeros favorecía sus estudios. Poco después de las nueve, casi todos estaban sobre cubierta, y los grupos y sus posturas me quedaron impresos en la memoria, como suelen quedársenos los que presentaba nuestra familia el momento antes del anuncio ó de la realización de una desgracia doméstica. Los argentinos formaban un grupo, cerca del timón de mano, con el marsellés, que se balanceaba en son de burla delante de la dama *porteña*; la cual le miraba con aquella ambigua sonrisa finísima de la mujer que distingue la cortesía de la chacota. La familia brasileña, sentada en el banco aislado, giraba alrededor silenciosamente sus doce ojos negros, como si viese por primera vez á todos los presentes; y á los pies de la señora, y como un perro, hallábase echada la negra. Próximo al palo mayor es-

taba en pie *el ladrón, el ahorcado*, y el *director de la sociedad del esputo inodoro*, que andaban siempre juntos, durante varios días, sin hablar nunca, como tres amigos sordomudos.

El abogado dormitaba sobre una larga silla, con su libro sobre el vientre. La señora rubia estaba sentada en un sofá, entre el tenor y el peruano, cuya rodilla cubría con la saya, y parecía que el contacto de aquella tela hiciera relampaguear á los graves ojos del *quichua* la visión de las mil quinientas sacerdotisas del sol, pero del tiempo de la corrupción. Y sobre el último asiento hacia popa hallábase la joven de Mestre, más pálida que los otros días, excepto en los pómulos de las mejillas, que le quemaban; la cual hablaba con una especie de excitación febril, pero con una sonrisa de inexplicable dulzura, al garibaldino sentado junto á ella, con la fuerte y hermosa cabeza un poco inclinada, en la actitud del hombre triste que oye una música que le recuerda tiempos felices, pero sin dejarle ilusión alguna. Los demás paseaban con el andar irregular y vivo de la gente que está alegre.

*
*
*

El horizonte estaba velado por una ligera niebla, y había en el aire cierta pesadez que hacía sentir de vez en cuando la necesidad de respirar fuerte. Pero la temperatura era agradable, comparada con la de días anteriores. Los argentinos decían que ya sentían los aires de la patria. A la sazón, debíamos hallarnos próximamente á la latitud de Santa Catalina del Brasil.

*
*
*

Hubo un momento en que subió sobre cubierta el genovés, restregándose las manos, y me dijo al pasar:

—El barómetro baja.

Pensando en sacudir el mortal aburrimiento que le invadía el alma, deseaba la tempestad. Pero no debía tener en mucho sus predicciones el pajarraco del mal agüero. Ya otra vez había dado un salto el barómetro, pero el mar no se había alterado. Puede decirse del mar lo que se dice del pueblo: que cuando se ve en

calma, no se comprende cómo pueda irritarse, como tampoco parece posible que pueda sosegarse una vez que se le ve furioso. El velo del horizonte, sin embargo, iba haciéndose más y más espeso; componíase ahora de una gran faja de vapores grises, que cubría el sol; y el mar, de color de plomo, se encrespaba.

Estaba yo, no obstante, tan lejos de prever el mal tiempo, que me divertía en observar al abogado, el cual, con la cabeza erguida, paseaba sobre el gran enemigo una lenta mirada, en la cual se veía cómo crecía la inquietud; luego tornaba la vista al camarote del capitán, y más lejos, al puente. Un grito agudo de pájaros me hizo levantar los ojos: eran gaviotas que giraban junto á los palos. Realmente, aquello era mala señal. Pero lo que causó más impresión fué ver surgir de pronto en el horizonte una nubecilla de forma extraña, espesa y oscura, orlada de blanco por la luz pálida del sol, y que se levantaba rápidamente arrojando una sombra tétrica sobre el mar, el cual empezaba á moverse. Y casi hacía frío.

*
*
*

Ya los pasajeros habían advertido el cambio. Los que leían habían cerrado sus libros; todos

se habían levantado de su asiento y miraban al horizonte como se mira una cara desconocida en que presentimos que nos va á hablar de algo grave. Un rayo y un rumor de trueno lejano, al que siguió un movimiento de balanceo del navío, provocaron algunas exclamaciones:

—¿Eh?—¿Qué es esto?—¡Mal empieza!

Las señoras buscaban con los ojos al capitán. El abogado había desaparecido ya. Algunos otros se fueron, *á la francesa*. Esto bastó para que varios de los que se quedaron mostrasen un buen humor extraordinario y tomaran enfrente al Océano posturas y actitudes de almirantes sin miedo, mirando á las damas con el rabillo del ojo. El marsellés iba de grupo en grupo diciendo alegremente:

—¡Esto se enmaraña, esto se enmaraña! ¡Vamos á presenciar un soberbio espectáculo!

Verdaderamente, el espectáculo parecía que no iba á hacerse esperar mucho. El nubarrón estaba ya casi encima de nosotros, y otras nubecillas corrían velozmente, alguna de las cuales, larga y sutil, nos pasaba por encima tan baja, que parecía que tocaba los mástiles. El viento, entretanto, se hacía más fuerte, y el mar empezaba á ondular, y el barco á cabecear más que nunca lo hubiese hecho, tanto que todos tuvimos que agarrarnos á las bordas y los asientos. Algunos había, sin embargo,

que aun no creían que hubiera tempestad.

—No es mas que un chubasco—decían.

Pero los que ya habían hecho muchos viajes movían la cabeza, guiñando un ojo.

*
* *

Recuerdo perfectamente que, observándome á mí mismo más que á los otros, esperaba yo con cierta psicológica curiosidad, cuándo y cómo me habría entrado en el alma ese sentimiento cuya confesión nos da tanta vergüenza; y me hacía la ilusión de poder mantenerme sereno á su lenta aproximación, sin sospechar que me debiera venir encima de golpe, el momento en que, cayendo en la balanza del alma el instinto de propia conservación, el platillo de la curiosidad debía saltar por el aire.

En resumen, estando en tierra había yo deseado muchas veces encontrarme en una tempestad en el mar. He aquí, pues, una fortuna para el artista. Pero cuando, al volverme para mirar sobre cubierta, ví que en torno del capitán corrían oficiales, maquinistas, marineros, camareros; cuando ví al jefe gesticulando como si diese á toda prisa órdenes urgentes, y desparramarse todos por una y otra parte, y lan-

zarse y asegurar las lanchas, acudir á las caponeras, cerrar las escotillas con precipitación, abrirse paso á empujones por entre la muchedumbre que huía á los primeros chorros de agua del mar, entonces, digo la verdad, busqué en mí al artista y no lo hallé. Me pareció que se había marchado hacía un cuarto de hora.

*
* *

Los relámpagos se espesaban, el trueno rugía más fuerte, mujían los bueyes. Miré á mi alrededor; no había mas que rostros pálidos. Pero en algunos la curiosidad, en otros la aversión á bajar á encerrarse en el camarote, prevalecía aún. Las señoras se apretaban contra el brazo de sus maridos. Los hombres se interrogaban de cuando en cuando con una mirada, tomando cada uno ánimo y firmeza del rostro del otro, que le parecía más feo de lo que suponía el suyo propio. En un punto, pasó sobre cubierta un golpe de agua violento, y se oyó un—¡*Nom de Dieu!* y luego una risa forzada. El marsellés había sido destocado y remojado de la cabeza á los pies. En aquel mismo momento salieron corriendo cuatro marineros á retirar precipitadamente el sofá y los asientos. Luego llegó el comisario gri-

tando: —¡Abajo, señores! Va á cerrarse el salón, márchense.

Entonces se oyó un grito del alma: —¡Oh Dios! ¡Dios mío!—Era la esposa. No puede imaginarse el eco íntimo que tiene en todos ese primer grito, esa primera confesión irresistible del terror de la muerte (la cual todos sienten), disfrazando violentamente el estado de ánimo que ocultan á los demás y á ellos mismos. Y entonces fué una fuga desordenada y rápida á través de la llovizna de los chapuzones que ya saltaban en toda la anchura de la cubierta, en medio de una confusión de voces irritadas y discordantes: —¡Oh! ¡Pablo! ¡Pablo!—Pronto, señores, pronto—¡Santa María bendita!—Estamos aviados!—¡Dios mío!—¡Maldición!—¡Valor, Nina!—¡Qué relámpagos!—*Váyanse pronto, por Dios vivo!*

Apenas tuve tiempo de ver la punta de los palos que describían en el aire grandes arcos de círculo, y una infernal confusión de gente á la puerta del dormitorio de tercera, y fuí empujado en el salón. Una señora resbaló y cayó cuan larga era delante de la puerta. En un momento ví sobre el puente al comisario, como envuelto en una nube de agua, oí el relincho lejano de un caballo. Cerraron la salida. Y al mismo tiempo un estallido formidable y próximo del rayo y un espantoso movimiento de babor á estribor de la

embarcación, que lanzó á los pasajeros parte sobre el tablado y parte contra las paredes, alejaron toda duda á los que aún conservaban alguna esperanza: era una tempestad.

*
**

Agarrándose á las tablas y á los asientos fijos de la mesa, y vacilando como heridos en la cabeza, la mayor parte de los viajeros se dirigió á sus camarotes. Otros se tendieron en los divanes. Algunas señoras lloraban. El estruendo del barco y del mar ahogaba las voces. Parecía casi de noche. Yo creía que habían cambiado los lugares y las personas. En aquel momento solemne, todas las afectaciones, todos los fingimientos caían, y aparecía en toda su desnudez el animal aterrado, dominado completamente por su furioso amor á la vida; había allí como rostros nuevos, voces desconocidas, movimientos y miradas que revelaban lados del alma no adivinados al principio. En la media oscuridad de los corredores, donde todos buscaban vacilantes el propio camarote, chocando torpemente unos contra otros, entreví semblantes descompuestos de condenados á muerte, que á primera vista no comprendí de quiénes eran.

Cuando llegué á mi rincón, sonaban ya aquí y allí los primeros síntomas del mareo, voces empapadas en lágrimas llamaban á las camareras, las puertas se cerraban con estrépito, las maletas y los cajones bailando, chocaban contra los tabiques: era el desorden y el vocerío extraño y lúgubre que se oye al entrar en un manicomio, donde están vueltas del revés todas las costumbres de la vida.

Un súbito movimiento de cabeceo me arrojó en el camarote como un saco; cerróse por sí misma la puerta; un relámpago me desvaneció, y una idea de improviso me heló la sangre:— ¡Si no saldré ya de aquí dentro!... Y me sentí en una inmensa soledad como si yo mismo me hubiera encerrado en la tumba.

*
* *

Sí; es la verdad, y la digo toda. Este es el pensamiento que se me fijó en el cerebro, claro, frío, inmóvil, como un estilete de acero, y todos los demás pensamientos é imágenes que se siguieron en mi mente durante varias horas, no hicieron mas que girar en torno de él vertiginosamente. Una idea cien veces rechazada volvía á presentarse otras tantas: la

del rumor que habría hecho el agua metiéndose en el barco; en cuántos segundos habría obstruido la salida; la oscuridad repentina; la primera ola de agua en la garganta, y aquella duda horrible de si se sufriría mucho tiempo. Confusamente trataba de acordarme de noticias leídas y oídas sobre aquel particular que me confirmasen en la esperanza de una agonía breve. Y me acuerdo de que el pensamiento de haber deseado una vez por curiosidad una borrasca, me parecía cosa insensata, monstruosa, increíble, ajena á la naturaleza humana. ¡Allí estaba aquella realidad que yo, loco, estúpido, había deseado!

Pero estos pensamientos era como si saltasen por los vigorosos esfuerzos que debía hacer para mantenerme asido á la orilla saliente de la litera, de rodillas, sobre el entarimado: que era la única manera de no ser estrellado allí dentro como el topo en su madriguera; y aniquilado también por los fragores ensordecedores que se sucedían encima, en el salón, donde la cristalería de los armarios, sacudidos, se rompía en pedazos, y torres de platos se caían rompiéndose, y el piano, separándose de la pared, andaba de aquí para allá chocando en las columnitas y las mesas. Pero bastante peor que aquel estrépito de palacio saqueado, peor que los gemidos humanos y el mugido del mar, eran el ruido

que hacían los miembros del barco, un rechinar siniestro de edificio dislocado desde sus cimientos, una música de estallidos, de quebrantamientos, de lamentos agudos, como si el cuerpo vivo del coloso sufriese y gritase, y corriesen gemidos de terror por sus largos y sutiles huesos, próximos á deshacerse.

Intentaba yo darme ánimos con la estadística de los naufragios: uno, por tantos miles de viajes y qué sé yo qué más, y con la idea de la gran solidez de aquellos enormes buques que las olas no pueden destrozár: aquella música desmentía todas las estadísticas y se mofaba de todos los consuelos.

Entretanto el mar seguía engrosando, la lluvia caía á torrentes, los rayos menudeaban, el trueno rugía casi sin cesar, el barco daba tales saltos, que, cerrando los ojos, me parecía estar sobre un gigantesco columpio de cuerda que describiese arcos de media milla, y á todo vuelo perdía el aliento para no cogerlo mas que en los pocos momentos de calma que pasaban de una y otra embestida. Y aquel permanecer entregado en absoluto á una fuerza prodigiosa que no me permitía ni moverme ni pensar, me daba una sensación inexplicable de envilecimiento físico, como el de un animal atado y girando en el vacío de una grúa colosal; y la idea de que aquel suplicio pudiera durar diez horas,

un día, tres días, me abrumaba el alma, como el concepto del infinito.

Sin embargo, hasta cierto punto conservé lúcida la inteligencia; tanto, que ahora me acuerdo de casi todo lo que entonces pensé. Pero al cabo de una ó dos horas creo que creciendo sin medida la furia de la tempestad, se me produjo una gran turbación en la cabeza, y de aquello que pensé entonces sabré decir poco. Recuerdo la voz inmensa del mar, más extraña y más formidable que todo lo más espantoso que puede imaginarse, una voz como de toda la humanidad enloquecida y agrupada que aullase, mezclada á los rugidos y bramidos de todas las fieras de la tierra, á los fragores de ciudad que se derrumba, á los hurras de ejércitos innumerables, á las careajadas epilépticas de pueblos enteros; y dentro de aquella voz el silbido estridente, agudísimo del viento en el cordaje, un torbellino de notas amplias, sonoras y discordantes, como si cada cuerda fuese un instrumento tocado por un demonio; gritos de desesperación y de delirio que parecían exhalados por los prisioneros de una cárcel incendiada, y silbidos que hacían estremecer como si en torno de las entenas se retorciesen millares de serpientes furiosas.

A un terrible movimiento de cabeceo se unía un rugido violentísimo, como si el barco